



Xoán Ramón Alvite
Colaborador de *La Voz de Galicia*, especialista en ganadería

► NO TODO LO INTENSIVO ES MALO, NI TODO LO EXTENSIVO ES TAN RENTABLE Y SOSTENIBLE COMO NOS QUIEREN HACER CREER

Depende, todo depende

Cuentan los expertos que esta sociedad se ha polarizado notablemente en los últimos años. Sociólogos de cierto prestigio ya advierten de los riesgos que, para la convivencia, puede tener la radicalización de determinadas posiciones en ámbitos como la política o la economía. Incluso en otros no menos significativos como la educación, la cultura o incluso el deporte.

Vaya, que vamos camino de acabar con la mesura, con el centrismo, con el injustamente ponderado término medio. Con ese “depende” que tanto identifica a los gallegos y que, usado en su debido contexto, va mucho más allá del tópico simplista con el que se nos pretende tachar de indecisos.

Es bien sabido que el extremismo nunca ha sido bueno y que, por mucho que lo intentemos, ninguna faceta de la vida puede librarse de quienes se empeñan en imponer un solo pensamiento: el suyo propio. Ni siquiera una actividad tan pacífica como la ganadería es capaz de escapar a esta dinámica tan poco edificante. ¿O no recordamos acaso los furibundos ataques que en su momento –ahora parece que vuelve a reinar el sentido común– sufrió el consumo de leche? Por cierto, de lo que pasa con la carne ya no digo nada porque tiene pinta de ser poco menos que constitutivo de delito.

En síntesis, que algunos parecen dispuestos a acabar con la escala de grises. O todo es blanco o todo es negro. Renuncian al término medio cuando, precisamente, este suele ser siempre el grupo más numeroso e importante. La simplificación de la realidad, basada en una profunda ignorancia (añádale también algo de maldad, si quiere), es lo que tiene.

Ahora mismo o eres una granja modelo extensiva y ecológica o, por el contrario, eres una macrogranja contaminante y maltratadora de animales.

Esa parece ser la única clasificación que algunos quieren ver. Un tremendo disparate, vaya.

¿De verdad es tan difícil entender que lo que no es extensivo no tiene por qué ser intensivo o macrogranja? Evidentemente, no todo lo intensivo es malo, ni todo lo extensivo es tan rentable y sostenible como nos quieren hacer creer. Por cierto, solo con lo extensivo no se alimenta el planeta, que no se le olvide a nadie.

Para ilustrar el asunto con unos cuantos números, ¿sabía que la media de vacas por explotación en Galicia –primera comunidad lechera del país y una de las diez mayores regiones productoras de Europa– apenas supera las 50 cabezas por explotación? De hecho, más de la mitad de las ganaderías gallegas no llegan siquiera a las 40 reses adultas. Entre las granjas más grandes –apenas 900 producen más de un millón de litros al año–, el promedio es de apenas 132 vacas y solo media docena escasa tiene más de 500 vacas lecheras. Quiero decir con todo esto que en la ganadería (sí, también en esto) existe un enorme término medio que, al menos en lo referente a la producción de leche, no es nada despreciable. Por el contrario, esa mayoría silenciosa produce casi uno de cada cuatro litros de leche que se comercializa en el Estado.

Por si este no fuese suficiente argumento, también hay que tener en cuenta que estas explotaciones medianas son, por encima, eficientes y totalmente sostenibles tanto desde el punto de vista económico como social y ecológico. Asientan población en el rural, crean riqueza en su entorno e incluso generan empleo a través de la contratación permanente de mano de obra externa.

Tampoco resulta un asunto menor que esta “clase media ganadera” ha registrado, históricamente, las mejores cifras de producción dentro de los pro-

► LAS GRANJAS MEDIANAS SON EL SUSTENTO DEL SECTOR LÁCTEO ESPAÑOL Y LAS HEREDERAS DE LA FUERTE RECONVERSIÓN QUE HA SUFRIDO EL SECTOR, PRIMERO CON LA APLICACIÓN DE LAS CUOTAS LÁCTEAS Y UN CUARTO DE SIGLO DESPUÉS, CON SU DESAPARICIÓN

gramas oficiales de Control Lechero, destacando también sobre el resto por la excelente calidad higiénico-sanitaria de su producción.

En la mayoría de las comarcas con mayor vocación láctea del país, por cada granja grande –que no macrogranja– hay cincuenta medianas que luchan cada día para mantenerse en activo desde hace décadas, explotaciones que han ido creciendo de forma lenta y progresiva, con continuas (en ocasiones obligadas por la fuerte presión de la industria y la distribución) inversiones que han visto la luz gracias a la enorme capacidad de esfuerzo y sacrificio de sus titulares.

Las granjas medianas son el sustento del sector lácteo español y las herederas de la fuerte reconversión que ha sufrido el sector; primero con la aplicación de las cuotas lácteas y un cuarto de siglo después, con su desaparición.

En este sentido, cada vez resultan más incomprensibles algunas de las iniciativas que se están lanzando desde algunas administraciones, donde, contra toda lógica, solo se valora y se tiene en cuenta el criterio de si los animales salen o no al campo. Sin ir más lejos, la reciente normativa relativa a la ordenación de las granjas bovinas en las que, pese a las alegaciones presentadas por alguna comunidad autónoma y diferentes asociaciones profesionales agrarias, se opta por clasificar a los establos por número de animales sin atender a otros criterios tan relevantes como el sistema de explotación o –esto es imperdonable– a la cantidad de superficie agraria útil disponible por la explotación. Un real decreto más adaptado a la realidad de las explotaciones avícolas o porcinas industriales que al lácteo y en el que, por cierto, no se define siquiera el concepto de ‘macrogranja’, que tan suyo hicieron ministros del actual Gobierno, como el señor Garzón. Evidentemente, al no saber a ciencia cierta a partir de

cuántos animales se estaría hablando de macrogranja, la respuesta tiene que ser, si me lo permiten, a la gallega: pues depende. De lo que se le ocurra a cada uno, es de suponer.

En este asunto de las granjas tampoco quería olvidarme de algunas industrias lácteas, muy suyas para según qué cosas del *marketing*. Todo sea, dicho de paso, con el compadreo por acción u omisión de las administraciones que se lo permiten. Porque tengan claro que un porcentaje enorme de las granjas con las que trabajan son explotaciones medianas, eficientes, sostenibles, con buenos animales y mejor leche; la inmensa mayoría, en régimen intensivo.

Sin embargo, siguen apostando por aprovecharse del escaso grado de conocimiento de la realidad que tienen la mayoría de consumidores para intentar convencerlos de que toda la leche sale de cuatro vacas felices que pastan en un prado. Quizás algún día haya que hablar largo y tendido de la fabulosa e inimitable leche de pasto o de pastoreo, esa que se consigue con vacas que pastan unos 150 días al año y con, al menos, el 55 % del forraje cultivado en la propia explotación, aspecto este último que, por cierto, cumplen el 100 % de las granjas medianas, al menos las gallegas, donde la producción láctea está vinculada al cultivo de la tierra. Un aspecto muy determinante que aquí, con tanta preocupación exclusiva por el número de animales, a veces se nos olvida reseñar.

Así que ya saben. No se dejen engañar por las cosas que dicen algunos. No todo es blanco o negro, como las vacas pintas. En casi todo hay matices, términos medios o, si lo prefieren, un simple “depende”. ■